Canciones de Inocencia y de Experiencia

Por

William Blake

Canciones de inocencia
(Primera Parte)

Introducción

Soplaba mi flautín por valles silvestres,
tocaba canciones de júbilo afable,
en una nube distinguí a un niño,
que con risas me dijo:
«¡Sopla un cantar que hable del
Cordero!»
Y lo toqué con ánimo risueño.
«Flautista, sopla de nuevo ese cantar».
Volví a hacerlo: lloró al escucharlo.
«Suelta tu flautín, tu flautín dichoso;
canta tus canciones de acento feliz»;
y otra vez entoné lo mismo,
mientras regocijado él lloraba al oírlo.
«Flautista, siéntate y escribe
en un libro que todos puedan leer».
luego se esfumó de mi vista.
Y arranqué un junco hueco.
Hice una pluma rústica
y teñí el agua límpida
y escribí mis felices cantares
que todo niño disfrutará al oírlos.

I.
El prado resonante

Se eleva el sol
y los cielos se vuelven dichosos;
resuenan alegres las campanas
como bienvenida para la primavera;
la alondra y el zorzal,
las aves de los arbustos,
trinan estrepitosamente
ante el sonido jovial de las campanas,
mientras nuestros juegos son vistos
sobre el Prado Resonante.
El viejo Juan, de cabellos blancos,
ríe y aparta sus preocupaciones,
sentado bajo el roble,
entre los demás ancianos.
Se ríen de nuestros juegos
y poco después todos dicen:
«Así, así se disfrutaba
cuando nosotros, niñas y muchachos,
en nuestra juventud éramos vistos
sobre el Prado Resonante».
Hasta que los pequeños, ya exhaustos,
no pueden seguir la diversión;
el sol va descendiendo,
y nuestros juegos se acaban.
En torno al regazo de sus madres
muchas hermanas y hermanos,
como pajaritos en su nido, se disponen al reposo,
y dejan de verse los juegos,
en el Prado oscurecido.

II.

El cordero

¿Quién te hizo, Corderito?
¿Conoces a quien te creó?
¿Quién te dio la vida y te irguió
junto al arroyo y sobre el prado;
te dio un abrigo delicioso,
manto suave, lanoso, brillante;
te dio una voz tan tierna,
que causa regocijo en los valles?
¿Quién te hizo, Corderito?
¿Conoces a quien te creó?
Yo te lo diré, Corderito;
yo te lo diré, Corderito:
es llamado con tu nombre
pues a sí mismo se llama Cordero.
Es manso, y es sutil;
se volvió un niño pequeño.
Yo un niño, y tú un cordero,
nos llaman con el mismo nombre.
¡Que Dios te bendiga, Corderito!
¡Que Dios te bendiga, Corderito!

III.

El pastor

¡Qué dulce es la dulce fortuna del Pastor!

Deambula desde el alba hasta el atardecer;
debe seguir a su rebaño el día entero,
y su lengua se embeberá con alabanzas.
Pues oye el inocente llamado del borrego,
y escucha la tierna respuesta de la oveja;
vigila mientras permanecen en calma
pues saben cuándo está próximo su Pastor.

IV.
Alegría infantil

«No poseo nombre:
pero nací hace dos días».
¿Cómo te llamaré?
«Soy feliz,
me llamo alegría».
¡Que el dulce júbilo sea contigo!
¡Bonita alegría!
Dulce alegría, de apenas dos días,
te llamo dulce alegría:
así tú sonríes,
mientras yo canto.
¡Que el dulce júbilo sea contigo!

V.
El negrito

Mi madre me parió en el sur agreste,
y soy negro, pero ¡oh! mi alma es blanca;

blanco como un ángel es el niño inglés,
pero yo soy negro, como carente de luz.
Mi madre me instruía debajo de un árbol,
y sentándose antes de que se calentara el día,
me colocó sobre su falda y me besó,
y señalando al este, empezó a decir:
«Mira hacia el sol naciente: allí vive Dios,
y brinda su luz, y distribuye su calor;
y flores y árboles, bestias y hombres reciben
alivio por la mañana y júbilo al mediodía.
Y por corto espacio somos puestos en la tierra,
para que aprendamos a sobrellevar los rayos del amor;
y estos cuerpos negros y este rostro tostado
son apenas una nube, como una arboleda sombría.
Pues cuando nuestras almas aprendan a sobrellevar el calor,
la nube se disolverá; oiremos su voz
diciendo: 'Salid de la arboleda, mis muy amados,
y en torno de mi morada dorada, disfrutad como corderos».
Eso me dijo mi madre, y me besó, y así se lo digo al niñito inglés:
«Cuando yo de la nube negra y él de la nube blanca nos libremos,
y disfrutemos como corderos en la morada de Dios,
lo protegeré del calor hasta que pueda tolerarlo
y se apoye jubiloso sobre la rodilla de nuestro padre;
y entonces estaré erguido y palmearé su cabello plateado,
y seré como él, y entonces por él seré amado».

VI.

El canto del reír

Cuando los verdes bosques ríen con la voz del júbilo,
y el arroyo encrespado se desplaza riendo;
cuando ríe el aire con nuestras divertidas ocurrencias,
y la verde colina ríe del estrépito que hacemos;
cuando los prados ríen con vívidos verdes,
y ríe la langosta ante la escena gozosa; cuando Mary y Susan y Emily
cantan «¡ja, ja, ji!» con sus dulces bocas redondas.
Cuando los pájaros pintados ríen en la sombra
donde nuestra mesa desborda de cerezas y nueces,
acercaos y alegraos, y uníos a mí,
para cantar en dulce coro el «¡ja, ja, ji!»

VII.
La primavera

¡Que resuene el flautín
que ahora está callado!
Delicia de las aves
de día y de noche;
el ruiseñor
en la quebrada,
la alondra en el cielo,
festivamente,
festivamente, festivamente,
para darle la bienvenida al año.
El muchachito,
repleto de gozo;
la muchachita,
dulce y diminuta;

el gallo canta
como tú lo haces;
voz alborozada,
barullo infantil,
jubilosamente,
jubilosamente,
para darle la bienvenida al año.
Corderito,
aquí estoy;
acércate y lame
mi blanco cuello;
deja que tironee
tu lanilla suave;
déjame besar
tu suave rostro:
jubilosamente,
jubilosamente,
para darle la bienvenida al año.

VIII.
Canto para acunar

Dulces sueños, formad una pantalla
Sobre la linda cabeza de mi niño;
dulces sueños de agradables corrientes
bajo rayos de luna felices y silenciosos.
Dulce sueño, que tus cejas tejan
con suave felpa una corona infantil;
dulce sueño, Ángel terso,

fluctúa sobre mi niño dichoso.
Dulces sonrisas, durante la noche
meceos sobre mi encanto;
dulces sonrisas, sonrisas de Madre,
cautivad la noche interminable.
Dulces lamentos, suspiros de paloma,
no alejéis el letargo de tus ojos,
dulces lamentos, sonrisas aún más dulces,
cautivad todos los lamentos de paloma.
Duerme, duerme, niño afortunado,
que toda la creación duerme y sonríe;
duerme, duerme felices sueños,
mientras tu madre llora sobre ti.
Dulce bebé, en tu rostro
puedo discernir la santa imagen;
dulce bebé, otrora como tú
yacía tu hacedor y lloraba por mí.
Lloró por mí, por ti, por todos
cuando era apenas un pequeñito.
Su imagen siempre verás,
rostro celestial que sobre ti sonríe,
A ti, a mí, a todos les sonríe;
quien se volvió un pequeñito.
Las sonrisas infantiles son sus mismas
sonrisas;
y cautivan con paz el cielo y la tierra.

IX.

Cantar de la niñera

Cuando las voces de los niños se oyen
en el prado
y las risas alcanzan la colina,
mi corazón se aquieta en el pecho
y todo lo demás queda en silencio.
«Venid a casa, hijos míos, que el sol ya
se ha puesto
y los rocíos de la noche se elevan;
venid, venid, basta de juegos, vayamos
a reposar
hasta que la mañana surja en los cielos».
«No, no, déjanos jugar, que todavía hay luz
y no podemos irnos a dormir;
además, en el cielo hay pajaritos
volando
y las colinas están cubiertas de ovejas».
«Bueno, bueno, seguid jugando hasta
que la luz se vaya
y entonces volved a casa para ir a la
cama».
Los pequeños brincaron, gritaron
y rieron
y los ecos resonaron en las colinas.

X.

Jueves Santo

Era un jueves Santo, limpios sus rostros

inocentes,
los niños andaban en parejas, de rojo,
azul y verde,
bedeles canosos iban delante, con
varas blancas como nieve,
fluyendo como el Támesis hasta dentro
de la alta cúpula de San Pablo.
¡Oh, qué multitud parecían esas flores
de la ciudad de Londres!
Sentados en grupo poseían un
resplandor propio.
Había un murmullo de multitudes,
pero multitudes de corderos,
miles de niños y niñas alzaban sus
manos inocentes.
Ahora, como un viento poderoso
elevan al cielo la voz del canto,
o como un trueno armonioso inundan
el centro del cielo.
Sentados por debajo están los ancianos,
sabios custodios de los pobres;
cultiva, entonces, la piedad, para no
alejar al ángel de tu puerta.

XI.
Capullo

¡Risueño, risueño gorrión!
Bajo las hojas tan verdes

Un Capullo feliz
te ve que raudo como una flecha
Buscas tu cuna ceñida
junto a mi pecho.
¡Lindo, lindo petirrojo!
Bajo las hojas tan verdes
un Capullo feliz
te oye sollozar y sollozar,
lindo, lindo petirrojo,
junto a mi pecho.

XII.
El deshollinador

Cuando mi madre murió yo era muy joven,
y cuando mi padre me vendió mi boca
apenas podía gemir, gemir, gemir, gemir,
así que limpio chimeneas y duermo en el hollín.
Un día el pequeño Tom Dacre lloró cuando raparon
su cabeza rizada como el lomo de un cordero,
y le dije: «¡Calla, Tom! No importa, porque con
la cabeza desnuda el hollín no arruinará tu pelo claro».
De modo que se calmó, y aquella misma noche,
¡durante el sueño tuvo una visión!
donde miles de deshollinadores, Dick, Joe, Ned y Jack,
estaban todos prisioneros en ataúdes negros.
Y llegó un Ángel que tenía una llave brillante,
abrió los ataúdes y los puso en libertad;
entonces por un verde prado corren brincando y riendo,

y se lavan en un río, y brillan bajo el sol.
Luego desnudos y blancos, abandonadas sus bolsas,
se encaraman a las nubes y juguetean con el viento,
y el ángel le dice a Tom que si se
comporta bien,
tendrá a Dios como padre y no
carecerá de alegrías.
Tom despertó entonces, y nos levantamos en la oscuridad,
y con nuestras bolsas y cepillos salimos a trabajar.
Si bien la mañana era fría, Tom se sentía feliz y abrigado;
pues quienes cumplen sus deberes nada tienen que temer.

XIII.
La imagen divina

A la Misericordia, la Piedad, la Paz y el Amor,
les rezan todos los afligidos,
y a estas virtudes del deleite
brindan todos su agradecimiento.
Pues Misericordia, Piedad, Paz y Amor
son Dios, nuestro padre amado,
y Misericordia, Piedad, Paz y Amor
son el Hombre, su hijo y su desvelo.
Porque es humano el corazón de la Misericordia,
humano es el rostro de la Piedad,
y el Amor, es humana forma divina,
y la Paz, una vestidura humana.
Por eso todo hombre, de cualquier
latitud,

que rece en su desventura,
le reza a la humana forma divina,
Amor, Misericordia, Piedad, Paz.
Y todos deben amar a la forma humana,
Sean paganos, turcos o judíos;
Donde moran la Misericordia, el Amor
y la Piedad,
allí Dios también tiene su morada.

XIV.
La noche

Desciende el sol por el oeste,
brilla el lucero vespertino;
los pájaros están callados en sus nidos,
y yo debo buscar el mío.
La luna, como una flor
en el alto arco del cielo,
con deleite silencioso,
se instala y sonríe en la noche.
Adiós, campos verdes y arboledas dichosas
donde los rebaños hallaron su deleite.
Donde los corderos pastaron, andan en silencio
los pies de los ángeles luminosos;
sin ser vistos vierten bendiciones
y júbilos incesantes,
sobre cada pimpollo y cada capullo,
y sobre cada corazón dormido.
Miran hasta en nidos impensados

donde las aves se abrigan;
visitan las cuevas de todas las fieras,
para protegerlas de todo mal.
Si ven que alguien llora
en vez de estar durmiendo,
derraman sueño sobre su cabeza
y se sientan junto a su cama.
Cuando lobos y tigres aúllan por su presa,
se detienen y lloran apenados;
tratan de desviar su sed en otro sentido,
y los alejan de las ovejas.
Pero si embisten enfurecidos,
los ángeles con gran cautela
amparan a cada espíritu manso
para que hereden mundos nuevos.
Y allí, el león de ojos enrojecidos
vertirá lágrimas doradas,
y compadecido por los tiernos llantos,
andará en torno de la manada,
y dirá: «La ira, por su mansedumbre,
y la enfermedad, por su salud,
es expulsada
de nuestro día inmortal.
Y ahora junto a ti, cordero que balas,
puedo recostarme y dormir;
o pensar en quien llevaba tu nombre,
pastar después de ti y llorar.
Pues lavada en el río de la vida
mi reluciente melena
brillará para siempre como el oro,

mientras yo vigilo el redil».

XV.
Un sueño

Cierta vez un sueño tejió una sombra
sobre mi cama que un ángel protegía:
era una hormiga que se había perdido
por la hierba donde yo creía que estaba.
Confundida, perpleja y desesperada,
oscura, cercada por tinieblas, exhausta,
tropezaba entre la extendida maraña,
toda desconsolada, y le escuché decir:
«¡Oh, hijos míos! ¿Acaso lloran?
¿Oirán cómo suspira su padre?
¿Acaso rondan por ahí para buscarme?
¿Acaso regresan y sollozan por mí?»
Compadecido, solté una lágrima;
pero cerca vi una luciérnaga,
que respondió: «¿Qué quejido humano
convoca al guardián de la noche?
Me corresponde iluminar la arboleda
mientras el escarabajo hace su ronda:
sigue ahora el zumbido del escarabajo;
pequeña vagabunda, vuelve pronto a casa».

XVI.
Sobre el pesar ajeno

¿Puedo ver la desventura ajena,
y no entristecerme también?
¿Puedo ver el padecimiento de alguien
sin tratar de aliviarlo afablemente?
¿Puedo ver cómo cae una lágrima
sin sentir que comparto ese dolor?
¿Puede ver un padre que su hijo
llora, sin sentirse henchido de pena?
¿Puede una madre escuchar sentada
el gemido de un niño, el miedo del bebé?
¡No, no! ¡Jamás podría ocurrir!
¡Nunca, nunca podría suceder!
¿Y puede quien le sonríe a todo
escuchar el piar dolorido de los pichones,
las quejas y los reclamos del pajarito,
los gemidos que los bebés emiten?
¿Sin sentarse al costado del nido para
derramar piedad sobre sus pechos;
sin sentarse junto a la cuna
para sumar su lágrima a las del niño?
¿Y no pasar la noche y el día
enjugando todas nuestras lágrimas?
¡Oh, no! ¡Jamás podría ocurrir!
¡Nunca, nunca podría suceder!
Quien brinda a todos su alegría,
se vuelve un niño pequeño,
se vuelve un hombre de pesares,
comparte lo que significa la pena.
No pienses que puedes emitir un suspiro
sin que tu creador acuda a tu lado;

no pienses que puedes verter una lágrima
sin que tu hacedor se te aproxime.
¡Oh! Él nos concede la alegría
para que nuestra pena destruya;
y mientras los pesares no se esfuman
junto a nosotros se queda a lamentarlos.

XVII.
El niñito perdido

«¡Padre, padre! ¿Adónde vas?
¡Oh, no camines con tanta prisa!
Habla, padre, háblale a tu hijito,
porque si no voy a perderme».
La noche era oscura, allí no había padre alguno.
El niño estaba empapado de rocío;
el lodazal era profundo, y el pequeño lloraba.
Y la neblina se alejó volando.

XVII.
El niñito encontrado

El niñito perdido en el pantano solitario,
guiado por la luz errante,
empezó a llorar; pero Dios, siempre cercano,
apareció como su padre, vestido de blanco.
Besó al chiquillo y tomándole la mano
lo condujo hasta su madre,
que pálida de pena, por el solitario valle,

llorando a su hijito buscaba.

****

CANCIONES DE EXPERIENCIA
(Segunda Parte)

Introducción

¡Escuchen la voz del Bardo!
El que contempla Presente, Pasado
y Futuro;
cuyos oídos escucharon
la Palabra Sagrada,
el que anduvo entre los ancianos árboles.
Convocaba al Alma descarriada,
lloraba en el rocío del crepúsculo;
el que podía controlar
el polo estrellado,
y renovar la luz caída, rebajada.
¡Oh Tierra, Oh Tierra, regresa!
«Emerge de la hierba plena de rocío;
la noche se agota
y la mañana
se yergue desde la masa aletargada.
No te marches más.
¿Por qué darías la espalda?
El firmamento estrellado,
la playa empapada,
te es concedida hasta que rompa el día».

I.

Respuesta de la Tierra

La Tierra alzó su cabeza
desde la tiniebla pavorosa, lúgubre.
Carente de luz,
pétreo espanto.
Con su cabellera cubierta de gris
desesperación.
«Aprisionada en la costa empapada,
un centelleo celoso custodia mi
escondrijo
frío y helado,
y entre lágrimas
escucho al Padre de los hombres
antiguos.
¡Padre egoísta de los hombres!
¡Miedo cruel, celoso y egoísta!
¿Puede el deleite
encadenado a la noche
generar a las vírgenes de la juventud
y la mañana?
¿Acaso la primavera oculta su alegría
cuando crecen los pimpollos y los
capullos?
¿Acaso el sembrador
siembra por la noche,
o ara el labrador a oscuras?
Rompe esta pesada cadena

que congela todos mis huesos.
¡Egoísta, fútil!
¡Ruina eterna!
Que al libre Amor esclavizaste».

II.
Cantar de la niñera

Cuando las voces de los niños se oyen
en el prado
y los susurros colman el valle,
los días de mi juventud afloran en mi
recuerdo,
y mi rostro empalidece, verdoso.
Venid pues al hogar, mis niñitos, que el
sol se puso
y se alza el rocío de la noche;
se diluyen en juegos vuestros días y
primaveras,
y en disfraces vuestras noches
e inviernos.

III.
La mosca

Pequeña mosca,
tu jugueteó veraniego
fue truncado
por mi descuidada mano.

¿No soy yo
una mosca como tú?
¿O no eres tú
un hombre como yo?
Porque bailo
y bebo, y canto
hasta que alguna mano ciega
me barre el ala.
Si el pensamiento es vida,
fortaleza y aliento;
y la carencia
de pensamiento es muerte;
entonces yo soy
una mosca feliz,
ya vivo, ya muerto.

IV.
El tigre

Tigre, tigre, que ardes brillante
en los bosques de la noche:
¿qué mano u ojo inmortal
pudo delinear tu tremenda simetría?
¿En qué profundidades o cielos
distantes
ardió el incendio de tus ojos?
¿Con qué alas se atreve su aspiración?
¿Cuál es la mano que osa atrapar tal
fuego?

¿Y cuál escápula, cuál arte pudo
entrelazar las fibras de tu corazón?
Y cuando tu corazón comenzó a latir
¿qué mano tremenda, qué pies
tremendos?
¿Cuál es el martillo, cuál es la cadena?
¿En cuál horno se forjó tu cerebro?
¿En qué yunque? ¿Qué terrible garra
se animó a asegurar sus mortíferos
terrores?
Cuando las estrellas dispararon sus
dardos
y regaron el cielo con sus lágrimas:
¿sonrió Él al ver su obra?
¿El que hizo al Cordero fue quien
te hizo?
Tigre, tigre que ardes brillante
en los bosques de la noche:
¿qué mano u ojo inmortal se atrevió
a delinear tu tremenda simetría?

V.
La niñita perdida

En el porvenir
proféticamente veo
que desde el sueño la tierra
(grabaos bien hondo la frase)
se alzará y buscará

mansamente a su hacedor;
y el desierto salvaje
se volverá un sereno jardín.
En las tierras del sur
donde el primor del verano
jamás se desvanece,
yace la hermosa Lyca.
Con siete veranos de edad,
dijo la hermosa Lyca,
ya deambuló largamente
y oyó el canto de las aves silvestres.
«Dulce sueño, ven a mí
debajo de este árbol.
Si lloran el padre y la madre,
¿dónde podría dormir Lyca?
Perdida en el desierto salvaje
está vuestra pequeñita.
¿Cómo podría Lyca dormir
cuando llora su madre?
Si su corazón duele
dejad a Lyca despierta;
si mi madre duerme,
Lyca no va a llorar.
Cerrada, cerrada noche
sobre este desierto reluciente
que tu luna se levante
mientras mis ojos cierro».
Lyca yace dormida
mientras las fieras de rapiña
salen de cavernas hondas

y advierten a la doncella dormida.
El rey león se yergue
y a la virgencita observa,
luego brinca alrededor
sobre el suelo bendito.
Juegan leopardos y tigres
en torno de la que allí reposa,
mientras el viejo león
inclina su dorada melena.
Y el pecho de ella lame,
y sobre su garganta
desde sus ojos en llamas
caen lágrimas color rubí;
en tanto la leona
soltaba su vestidito,
y a la cueva llevaron desnuda
a la doncella durmiente.

VI.
La niñita encontrada

La noche entera, infortunados,
van los padres de Lyca
a través de valles profundos
mientras los desiertos lloran.
Exhaustos y desconsolados,
roncos de tanto gemir,
siete días tomados de los brazos
las sendas del desierto rastrearon.

Duermen siete noches
entre sombras profundas,
y sueñan que ven a su niña
famélica en la salvaje arena.
Apagada, sin rumbo,
deambula la figura imaginada,
hambrienta, llorando, endeble,
con un sordo grito plañidero.
Erguida sobre su desasosiego,
la temblorosa mujer se apresta
con los pies pesados de dolor:
ya no logra seguir adelante.
Él la toma en sus brazos
armado con su profundo pesar,
hasta que en medio de su camino
ven recostado a un león.
Era imposible dar marcha atrás:
pronto su pesada melena
los abate contra el suelo,
y después los circunda al acecho.
Olfatea a su presa;
pero sus temores apacigua
mediante el lamido de sus manos,
y queda en silencio a su lado.
Lo miran a los ojos
llenos de extrema sorpresa,
y maravillados contemplan
a un espíritu de oro revestido.
Sobre su cabeza, una corona;
desplegada por los hombros

fluctúa su cabellera dorada.
Todo los temores se les diluyen.
«Seguidme», les expresa;
«No lloréis por la niñita;
en mi recóndito palacio
Lyca descansa dormida».
Ellos lo siguen entonces
hasta donde la visión llevaba,
y vieron a su hijita durmiendo
junto a los tigres feroces.
Hasta este día todavía moran
en un solitario valle;
no temen el aullido del lobo
ni al león cuando ruge.

VII.
El terrón y el guijarro

«El amor no anhela complacerse a sí
mismo
ni por sí mismo se inquieta,
en cambio al otro da sosiego,
y construye un Cielo en la desolación
del Infierno».
Así cantaba un diminuto Terrón
de Arcilla
pisoteado por las patas del ganado,
pero un Guijarro del cañadón
murmuró estos versos apropiados:

«El amor sólo busca darse el gusto,
y encadenar al otro a su deleite,
se regocija con el desconsuelo ajeno,
y construye un Infierno a expensas
del Cielo».

VIII.
El pequeño vagabundo

Querida madre, querida madre, qué
helada está la Iglesia,
pero la taberna es reconfortante,
agradable y cálida;
además, sé perfectamente dónde me
tratan bien,
aunque tal trato en el cielo nunca daría
resultado.
Pero si en la Iglesia nos dieran un
poquito de cerveza,
y un buen fogón que reconforte
nuestras almas,
cantaríamos y rezaríamos la jornada
entera,
y ni una sola vez nos apartaríamos
de la Iglesia.
De modo que el párroco podría
predicar, beber y cantar,
y estaríamos todos felices como pájaros
en primavera;

y la pobre dama abandonada, que
siempre está en la Iglesia,
se libraría de niños peleadores,
de ayunos y de latigazos.
Y Dios, regocijado como un padre
que ve
a sus hijos tan afables y dichosos como
él mismo,
ya no tendría más querellas con el
Diablo o el Barril,
sino que lo besaría, y le daría tragos
y vestimentas.

IX.
Jueves Santo

¿Acaso es algo santo
en una tierra rica y fructífera
ver a bebés condenados a la miseria
y alimentados con mano fría y usurera?
¿Es este clamor tembloroso una
canción?
¿Puede ser llamado un canto de júbilo?
¿Con tantas criaturas miserables?
¡Esta es una tierra de pobreza!
Y su sol no brilla jamás,
y sus campos son páramos desnudos,
y sus senderos están plagados de
espinas:

el invierno eterno se impone allí.
Pues dondequiera que brille el sol,
donde sea que caiga la lluvia,
los niños nunca pasan hambre,
ni la pobreza espanta a la mente.

X.
Un árbol venenoso

Estaba enojado con mi amigo:
le manifesté mi ira, la ira terminó.
Estaba enojado con mi enemigo:
me quedé callado, y mi ira aumentó.
En el miedo la fui regando,
de noche y de día con mis lágrimas;
con sonrisas la fui asoleando,
y con sutiles y arteras estratagemas.
Así creció de día y de noche,
hasta volverse una brillante manzana;
y mi enemigo observó su brillo,
y supo que era mía,
y furtivo entró a mi jardín
cuando la noche envolvió al follaje.
Por la mañana satisfecho vi
a mi enemigo exánime bajo el árbol.

XI.
El ángel

¡Tuve un sueño! ¿Cuál es su
significado?
Yo era una Reina virginal
custodiada por un manso ángel:
¡el dolor insensato nunca fue
engañado!
Y yo lloraba de día y de noche,
y él las lágrimas me enjugaba,
y yo lloraba de día y de noche,
y le ocultaba las delicias de mi
corazón.
Hasta que extendió sus alas y se
marchó;
entonces la mañana se tiñó de rubor;
sequé mis lágrimas y armé mis temores
con diez mil escudos y lanzas.
No demoró mi ángel en regresar;
yo estaba armado y volvió en vano;
ya que el tiempo de mi juventud había
volado,
y grises cabellos en mi cabeza había.

XII.

La rosa enferma

Oh, rosa, ¡estás enferma!
El gusano invisible
que vuela por la noche
cuando ruge la tormenta

ha descubierto tu cama
de regocijo carmesí:
y su secreto amor oscuro
destruye tu vida.

XIII.
A Tirzah

Todo lo Nacido de Origen Mortal
deberá consumirse con la Tierra
para elevarse libre de la Procreación:
entonces, ¿qué tengo yo que ver
contigo?
Los Sexos brotaron de la Vergüenza
y el Orgullo,
resoplaron en la mañana; sucumbieron
al atardecer,
pero la Misericordia transformó a la
Muerte en Sueño:
los Sexos se irguieron para trabajar
y padecer.
Tú, Madre de mi parte Mortal,
con crueldad modelaste mi corazón,
y con lágrimas falsas y embaucadoras
bloqueaste mi Nariz, mis Ojos y mis
Oídos.
Tapaste mi Lengua con insensible
arcilla,
y me entregaste a la Vida Mortal.

La muerte de Jesús me liberó:
Entonces, ¿qué tengo yo que ver
contigo?

XIV.
La voz del bardo anciano

Jóvenes del deleite, disponeos
a ver la mañana que despunta,
imagen de la verdad recién nacida.
Huyeron la duda, las nubes de la razón,
las oscuras querellas y las bromas arteras.
La locura es una confusión interminable,
cuyas raíces enmarañadas complican
sus senderos.
¡Cuántos son los que allí cayeron!
Tropiezan toda la noche con los huesos
de los muertos.
y sienten que no saben qué pero les
importa,
y a otros quieren guiar, cuando ellos
precisan un guía.

XV.
Mi bonito rosal

Me ofrecieron una flor,
una flor tal que nunca se vio en mayo.
Pero yo dije: «Tengo un bonito rosal»,

y pasé por alto a la dulce flor.
Fui entonces hasta mi bonito rosal
y lo cuidé de día y de noche;
pero mi Rosa me dio la espalda, celosa,
y sus espinas fueron mi solo deleite.

XVI.
¡Ah Girasol!

¡Ah, girasol! Hastiado del tiempo,
contaste las pisadas del Sol,
y buscaste aquel clima dulce y dorado
donde concluye el rumbo del viajero:
allí donde la juventud ardiente
de deseos,
y donde la Virgen joven amortajada
en nieve,
se levantan de sus tumbas y anhelan ir
hacia donde mi girasol desea llegar.

XVII.
El lirio

La modesta Rosa pone al frente una
espina,
y el humilde Carnero un cuerno
amenazador.
Mientras, el blanco lirio se deleita
en el amor:

ni espinas ni amenazas ensucian
su belleza radiante.

XVIII.
El jardín del amor

Fui hasta el jardín del Amor,
y vi lo que jamás había visto:
una Capilla construida en su centro,
sobre el verde donde de niño jugaba.
Los portales de la Capilla estaban
cerrados,
y escrito sobre la puerta había un
«No lo harás»,
así que me volví hacia el jardín del Amor
donde crecían tantas delicias floridas.
Y vi que estaba lleno de tumbas,
con lápidas donde debían verse flores;
y Curas de sotanas negras rondaban
y ponían vallas a mis gozos y deseos.

XIX.
Un niñito extraviado

«Nadie ama a otro como a sí mismo,
ni venera a nadie del mismo modo,
y tampoco es posible que piense
conocer a otro más grande que él.
Padre, entonces, ¿cómo puede crecer

mi amor por ti o alguno de mis
hermanos?
Te amo como el pajarito
que picotea migas en torno
a la puerta».
Sentado cerca, el Cura escuchó
al niño,
y tembloroso de celo lo agarró por el
pelo:
a tirones de su abriguito fue
arrastrándolo,
y todos ponderaron al vigilante Párroco.
De pie ante el prominente altar
exclamó: «¡Ved a este perverso!,
que cree tener razones para juzgar
a nuestro más sagrado Misterio».
El niño lloroso no pudo ser oído,
los padres plañideros lagrimearon en
vano,
le arrancaron la camisita,
y lo ataron con una cadena de hierro.
Lo quemaron en un lugar santo,
donde ya muchos habían sido
quemados:
los padres plañideros lagrimearon en
vano.
¿Se hacen tales cosas en las orillas de
Albión?

XX.

Pena infantil

Quejidos de mi madre. Llanto de mi
padre.
Emergí hacia el peligroso mundo:
indefenso, desnudo, a los chillidos,
como un demonio oculto en una nube.
Debatiéndome entre las manos de mi
padre,
tizoneaba los lazos de mis pañales.
Hasta que inmóvil y exhausto pensé
que lo mejor
era resignarme sobre el pecho de mi
madre.

XXI.

El escolar

Adoro levantarme en una mañana
de verano
cuando los pájaros cantan en todos los
árboles;
el cazador distante sopla su cuerno,
y la alondra canta conmigo.
¡Oh, qué dulce compañía!
Pero ir a la escuela en una mañana
de verano,
¡Oh, desbarata toda la alegría!

Bajo un cruel ojo anticuado,
los pequeñitos pasan el día
entre suspiros y congoja.
¡Ah! Entonces a veces me siento
y desisto,
y paso muchas horas de ansiedad:
sin obtener satisfacción del libro
ni sentado en la sala de clase,
agotado por la pesada andanada.
¿Cómo podría un pájaro nacido para
disfrutar
sentarse en una jaula y cantar?
¿Qué le queda a un niño aburrido y
con miedo
salvo plegar sus alas tiernas
y olvidar su dichosa primavera?
¡Oh, padre y madre! Si se cortan los
pimpollos
y se quitan los capullos,
y si a las tiernas plantas se arrebata
el júbilo del florecimiento,
mediante la pena y la ausencia de cuidado…
¿Cómo despertará jubiloso el verano,
o cómo brotarán los frutos estivales?
¿Cómo cosecharemos lo que el dolor
destruye,
o bendeciremos la maduración del año
cuando irrumpan los resoplidos del invierno?

XXII.

Londres

Deambulo por cada calle privilegiada
cerca de donde fluye el privilegiado
Támesis,
y hay marcas en cada rostro que
encuentro:
señales de flaqueza, signos de
sufrimiento.
En cada grito de cada Hombre,
en los clamores de miedo de los niños,
en cada voz, en cada proclama,
oigo las cadenas forjadas por la mente.
Y cómo el grito del deshollinador
a toda sombría iglesia consterna;
y el suspiro del infortunado soldado
corre hecho sangre por los muros del
palacio.
Pero sobre todo oigo por las calles a
medianoche,
la imprecación con que la joven
Ramera
maldice la lágrima del Bebé recién
nacido,
y colma de plagas el carro fúnebre del
Matrimonio.

XXIII.

Una niñita extraviada

Niños de la Era futura
cuando leáis esta indignada página,
sabed que en los tiempos antiguos
el amor, ¡el dulce amor! era
considerado un crimen.
En la Edad del Oro
libres del frío invernal,
un joven y una doncella radiantes
bajo la santa luz, disfrutaban
desnudos entre los rayos del sol.
Cierto día una joven pareja
colmada del mayor afecto,
se encontró en un brillante jardín
donde la santa luz acababa
de correr el telón de la noche.
Allí, al despuntar el día,
retozan sobre la hierba:
los padres en la lejanía,
los extraños sin acercarse,
y la doncella rápido perdió su miedo.
Agotados de dulces besos,
combinan un reencuentro
cuando las olas del sueño
sumerjan todos los cielos,
y lloren los cansados caminantes.
Hasta su anciano padre
llega la radiante doncella;
pero él la mira amoroso

como si fuera el santo libro:
sus tiernos miembros tiemblan
de terror.
«¡Ona, pálida y débil,
háblale a tu padre!
¡Oh, miedo estremecedor!
¡Oh afecto funesto
que abate el florecer de mis canas!»

XXIV.
El deshollinador

Una cosita negra entre la nieve,
gimiente ¡llora! ¡llora! con notas
de pesar.
«Dime: ¿dónde están tu padre
y tu madre?
Ambos fueron a la iglesia para rezar.
Porque yo era feliz en los montes
y le sonreía a la nieve invernal,
me cubrieron con ropajes de muerte
y me enseñaron a cantar notas
de dolor.
Y porque soy feliz, y bailo y canto,
creen que no me han causado daño,
y fueron a alabar a Dios, a su Cura
y al Rey,
que con nuestra miseria construyen
un cielo».

XXV.

Resumen humano

No existiría la Piedad
si no hiciéramos pobre a alguien;
y no haría falta la Misericordia
si todos fuesen tan dichosos como
nosotros.
Y el miedo recíproco trae paz,
hasta que el amor egoísta se
incrementa:
entonces la Crueldad arma su trampa
y esparce sus cebos con cautela.
Se instala con santos temores,
y riega con lágrimas la tierra;
entonces debajo de sus pies
echa raíces la Humildad.
Rápido extiende sobre su cabeza
sombras lúgubres de Misterio;
y la Oruga y la Mosca
se nutren de tal Misterio.
Luego crece el fruto del Engaño,
rubicundo y dulce al paladar;
y el Cuervo su nido instala
en el ramaje más tupido.
Los Dioses de la tierra y el mar
escrutaron la Naturaleza para hallar tal
Árbol;

pero la búsqueda fue toda en vano:
crece uno en cada Cerebro Humano.